

MITAD DOCTORES, MITAD ADUANEROS

JUEVES, 3 DE NOVIEMBRE. Es viejo dicho el de que la naturaleza imita al arte y comprobado de sobra. Por poner un ejemplo al alcance de todas las fortunas: desde que se estrenó «Riffifi» no hay joyería, Banco o almacén que no haya pasado por un robo de este estilo, o esté en vísperas de padecerlo. Por poner otro. Hace cuatro, cinco o seis años se escribió una novela cuya primera edición en España apareció en 1974. He aquí un párrafo de su capítulo primero:

«El aduanero (aeropuerto de Beirut, Líbano) examinó con detenimiento las respectivas bolsas y

maletas. Acto seguido, tres agentes auscultaron y palparon las ropas de los viajeros. Luego, cada uno de ellos tuvo que soportar el enojoso trámite de una minuciosa inspección corporal al relativo abrigo de un espacio acotado con cuatro cortinas colgadas de una estructura tubular.

«Así, pues, Hacam se vio obligado a desvestirse y sus ropas fueron objeto de un cuidadoso examen. Luego se le ordenó levantar la pierna derecha, apoyar un pie en un taburete e inclinar el cuerpo hacia adelante. El agente, que iba provisto de una linterna, le indicó que tosiera un poco. Hacam se avino a ello de mala gana y preguntó con sorna:

—¿Busca una metralleta?

—«Mira, yo sólo cumplo instrucciones de la Lufthansa; y no te quejes, porque tienes hemorroides. Será mejor que te lo hagas ver antes de que empeoren.»

Podría evocar este párrafo de «Rosebud» posibles escenas en el aeropuerto de Palma de Mallorca, entre los pasajeros de la «Lufthansa» y sus «empleados», pero no hay por qué recordar la disimulada humillación supuestamente sufrida por nuestra soberanía. Nuestra soberanía aguanta mucho más, con o sin hemorroides. Ya no estamos en la Oprobiosa. En ese sentido, de nuevo la ficción se hubiera adelantado al situar en el Líbano escenas que tiempo después podrían darse también en España, pero estos registros individuales se dan en todas partes. Y nuestro lema es «Plus Ultra».

Así es que al parecer nosotros servimos el registro nacional a domicilio, de modo que el presidente del Gobierno del Rey, o sus ministros de Asuntos Exteriores, al alimón presidente y ministro, llevan a España por las consultas de los más eminentes doctores en democracia, arrastran a España hacia el ojeo de los aduaneros de la democracia, en París, en Roma, en Londres, en Washington, en La

Haya, en Luxemburgo, en Méjico, en Venezuela, creo que hoy en Bonn y mañana en Bruselas, y más adelante no sé dónde más.

Me imagino la escena:

—A la paz de Dios—dirán Suárez y Oreja, en el caso de que viajen los dos, que ni lo sé ni me interesa—. Aquí venimos para el reconocimiento.

Y los doctores ordenarán secamente a su cliente, la pobre España:

—Desnúdese, señora.

Y España—en este caso merece la pena escribir el país— se desnudará con la costumbre que da el pasar por tantísimas consultas y se irá derecha, al taburete donde apoyará su pierna derecha e inclinará su cuerpo para adelante, mientras Schmidt y Genscher, acaso esta misma tarde, y aquellos a quienes corresponda el reconocimiento en Bruselas mañana, que ni sé sus nombres ni pienso aprendérmelos, le dicen:

—Tosa, por favor.

Los doctores en democracia, los aduaneros que han de saber si llevamos contrabando, totalitario, aguiatarán la repercusión de la tos ojo avizor. Los corazones de Suárez y Oreja temblarán como las hojas del álamo batidas por el viento. (Muy bien. Ovación. Las señoras flamean pañuelos ante la frase que acabo de escribir.) De lo que vean los doctores depende, entre otras cosas menos importantes, la buena imagen del presidente en el extranjero.

España, en pelotas, con la pierna derecha sobre el taburete y el cuerpo inclinado hacia adelante tiene, a mi modo de ver, una excelente ocasión de expresar sus opiniones ante Europa, sobre la democracia, sobre el presidente y sobre el señor Oreja, que me temo que allí estará, mínimo, satisfecho, sonriente, viceareilza.

**Rafael
GARCIA SERRANO**

